

51 CFO 71301/003

Núms. 15 y 16 del año 2º. 1ª y 2ª quincenas de Abril de 1895.

LA

QUINCENA

REVISTA DE LETRAS

SUMARIO.

- Los ídolos. Eduardo Wilde.
Problemas de la criminalidad. Juan Angel Martínez.
El Dr. Canónigo Eusebio Agüero y el Seminario Eclesiástico y Colegio Nacional fundado por él. (Continuación). Federico Tobal.
Mignon. ENRIQUE PANZACHI. L. B.
La alimentación del cerebro. Diógenes Decoud.
La literatura en IR América central. Gravoche.
Cuadros de costumbres. LA PULPERÍA. Julio Llanos.
Jorge Travel. Miguel Cané.
Recuerdos literarios. Paul Groussac.
En las ciudades y en las cumbres. RECUERDOS DE SUIZA. Luis Berisso.
Los reyes holgazanes. Rafael Fragueiro.
Buch der Lieder. Enrique Heine.
El monumento. (Continuación). Arturo Reynal O'Connor.
Jorge y Florencia. Manuel Derqui.
Juicios sobre Rubén Darío. L. V. MANSILLA. A. Sienra.
Malharro. Roberto J. Payró.
Libros y periódicos. G. S.
La reseda del cura. Anatole France.

Correspondencia: Casilla de Correo, 1358



JUICIOS SOBRE RUBÉN DARÍO *

VICTOR Hugo dijo, refiriéndose á Gottschalk, «que sólo se tiran piedras al árbol que carga frutos de oro». Y él lo sabía por experiencia propia! Mientras más encumbrado está el ingenio, más enemigos le salen al encuentro para hundirlo.

El dicho sentencioso del rey de la lírica, podría aplicarse hoy á Rubén Darío, el inimitable cincelador de Nicaragua.

Cada nueva producción suya, es objeto de críticas acerbas y mordaces, exentas en su mayoría de ciencia, de doctrina, de fundamento. Sus *émulos*, no pudiendo volar al infinito azul, donde anidan las águilas, porque Dios no les ciñó alas, le hacen la guerra mísera y rastrera.

Le niegan todo: originalidad, talento, estilo; hasta el conocimiento de la métrica! Le llaman «poeta prosaico!» Le gritan *Decadente*, en son de menosprecio, como si á esa escuela, (tan poco considerada aquí), no hubieran pertenecido los más altos representantes del espíritu humano, desde el autor de «La leyenda de los siglos,» cuyos primeros indicios de decadentismo se hallan en las «Canciones de las calles y de los bosques», hasta Baudelaire, Banville, Flaubert, Mallarmé, Verlaine, Mendes, Leconte de Lysle, Houssaye, Gauthier, los Goncourt, sin exceptuar al mismo Zola, es decir, la flor y nata de la Francia literaria, las organizaciones cerebrales más robustas y mejor equilibradas de aquella gran nación, en estos cien años.

«*Decadente...!*» Juan Valera, en un juicio crítico, por muchos conceptos estimable, que figura en sus «Cartas Americanas,» le dice:

«V. no imita á ninguno: ni es V. román-

tico, ni naturalista, ni neurótico, ni *decadente*, ni simbólico, ni parnasiano. V. lo ha revuelto todo: lo ha puesto á cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quinta esencia.»

Poeta prosaico...! él, que no obstante sus 28 años de lozana juventud, es ya considerado como un maestro de la palabra rítmica, aplaudido por los príncipes de las letras en el viejo y nuevo mundo, por Castelar, Campoamor, Valera, Núñez de Arce, Móreas, Salvador Rueda, Ricardo Palma y Gutiérrez Nájera; él, que ha sabido cantar las pasiones humanas: el amor, el odio, el titánico orgullo, las acres voluptuosidades del martirio, con acentos nuevos é inspirados; él, que en un relámpago de inspiración soberana sube á las regiones donde nacen las tormentas, se forman los ciclones y estalla el rayo, y con «la música triunfante de sus rimas», va á sorprender las armonías celestes y descubrir nuevas auroras, allá en el infinito seno de la eterna luz, donde los planetas giran y alumbra eternamente la «antorcha del Sol»; él, que ha sabido pintar los combates navales del Pacífico, con las tintas purpúreas de Verney,—el pintor de batallas,—y las campiñas naturales, con la tenue delicadeza de Watteau; él, en quien «el sentimiento de la naturaleza raya en adoración panteística», y que axfisiado por la atmósfera mercantil que se respira en esta Babel Argentina, á ido á perderse en las plácidas corrientes de los riachos del Tígre, donde en la noche serena, iluminada por el pálido fulgor de las estrellas, «bajo el azul del hondo firmamento,» le parece que hasta «los álamos sombríos van diciendo en silencio versos de Tennyson»; él, el bardo retraído, que lleva en su envoltura de artista excelso, su gran quimera: el ideal, que vive reconcentrado en sí mismo, alimentándose con las amargas de su propio corazón, para arrancar del fondo de su alma, coloreada con la sangre de sus venas, la estrofa palpitante y sentida, incomprensible para los espíritus vulgares, pero intensamente expresiva, para todos aquellos que amamos las cosas bellas de la tierra; él... «poeta prosaico...»

No importa! Algún día se le hará plena justicia, algún día cesará el clamoreo injusto que hacen en su torno la impotencia estéril y el encono inexplicable y entonces llegará la hora de la reparación merecida;

* A propósito de la reproducción de estos juicios, publicamos las siguientes líneas de una carta confidencial de un amigo querido: «No puedo ocultarte la honda pena que me has causado al juzgar tan acre é inmerecidamente á Rubén Darío, ese incomparable estilista que, dígame lo que se quiera, es una legítima gloria de las letras americanas. No obstante de que á tí te parezca *abhorrecible* lo que él escribe, y respetando siempre tu opinión, me quedo con la mía. Rubén Darío es una excepción honrosa entre sus compatriotas. El célebre autor de *Azul* (libro que seguramente no conoces), es un escritor admirado, con justicia, por Salvador Rueda, por Núñez de Arce por Campoamor y por Valera, para no citarte á otros.... En cuanto á la inserción de los juicios de Mansilla y Sienna en tu revista bien favorables á Darío, y las palabras mías que los preceden, espero que no dejarás de complacerme, tanto más cuanto no ignoras que Rubén Darío es una de mis predilecciones literarias; como lo es para tí Ybsen, sin establecer paralelos imposibles.»

se reconocerá la superioridad nativa de su ingenio, la originalidad maravillosa de su numen, la suprema elegancia de su estilo encantador.

Hasta el implacable *Clarín*, tan hiriente y severo, ha de volver sobre sus pasos, una vez que *conozca* la labor del poeta, y ha de celebrar con boca de oro, á «la musa de perfiles griegos y eucarísticas blancuras.» Nosotros, que fuimos los primeros en saludar á Rubén Darío á su llegada al Río de la Plata, abriendo juicio en estas columnas sobre su personalidad intelectual, sentimos verdadero placer en reproducir á continuación las opiniones autorizadas de Adolfo Sienra y del General Mansilla, que corroboran la nuestra:

RUBÉN DARÍO

A Des Esseintes.

Me habían hablado de él, mucho y bien. Tenía grandes deseos de conocerle. Conocer á un hombre de letras no es leerlo. No es cierto que el estilo sea el hombre. En muchos casos no es más que el estado del temperamento. El estilo es sólo una refracción, un rayo tenue de lo de adentro. La palabra tiene más animación más vida aunque sea sóbria, ó poco vibrante. Lo de afuera y el estilo son manifestaciones fenomenales diferentes. Suelen estar en abierta y visible contradicción. Ahí está Saint Beuve, por ejemplo, para sólo citar un tipo clásico, con su cabeza como un cucurucho, feo hasta dar rabia haberlo visto y «escandalizar á las mujeres honestas». Yo aconsejaría á los curiosos de documentos humanos ambulantes, que procurasen no verles nunca la facha. Son raros los que dejan una impresión satisfactoria. No hay tal armonía entre el yo íntimo y el yo externo. Para un Chateaubriand hay mil Horacios rechonchos. Hablo ponderativamente, que Horacio no hay más que uno. Tolstoi, un moderno actual, es sublime divisado desde «La Guerra y la Paz». Visto con su traje burdo y los hábitos de *moujik*, ay! *horresco réferens!* Un hombre que no se peina, que apenas se lava, al que la mujer tiene que cuidarlo.... ¡Y Rubén Darío, ese decidor breve, de pensamiento esmaltado, que hace con frases, mosaicos florentinos y retratos como camafeos cincelados á la romana, qué efecto me hizo el día en que, un amigo joven, de los infinitos que tengo, el autor de «La Bolsa,» me dijo paseando por la calle de Florida, era un domingo, qué coincidencial nos ocupábamos de él: «ahí viene Darío».

¿Qué efecto Me hizo, repito, cosa que él no hace, pues, nunca se repite si no que se renueva? Asímbrense Vds! me hizo un efecto inesperado, excepcional, algo parecido á esta reflexión: qué andar tan tranquilo y qué placidez en el conjunto; debe haber en sus abismos tesoros de sensibilidad ingénita y de dulzura: ved un hombre forrado en un poeta, y un poeta disfrazado de caminante. Y eso es en efecto. Qué suavidad en la mirada, qué expresión en la fisonomía, qué contornos lineales tan puros, cuánta *morbididad*, á pesar de la acentuación prematura de esas como desazones angustiosas que casi hablan. En otras palabras: qué concordancia entre el alma y el cuerpo! Y luego, qué arte excepcional para hablar, sin decir, qué decir escuchando, y qué saber escuchar tan difícil. Procuren Vds. verlo. A éste sí. No experimentarán una decepción. A mí me dejó encantado. A mí, que sólo me quedo con la boca abierta cuando veo la silueta de una mujer hermosa. ¿O hay algo más atrayente, con más gancho, más imantado que unos ojos negros, pardos, azules, de cualquier matiz, si son de mujer bella? Mujer he dicho, ¿por qué no podemos asegurar al mismo tiempo su corazón y su lealtad? He pensado en el porqué de tanta seducción, en Rubén Darío, y he pensado mucho reflexionando que hay diversos modos de pensar, y he arribado á esta conclusión final: Si todo me lo hablé yo. Y ¿qué le dije? «Venga Vd. conmigo á la plaza de la Victoria (para mí así se llamará siempre la de la pirámide), voy á explicarle el país con ella, para que no se moleste mucho en otras averiguaciones. Hay monumentos que hablan. Las pirámides de Egipto y la esfinge estan preñadas de historia. ¿Y qué le dije? Que nos falta *ideal*. Por eso hay algunos que no entienden al poeta, á él. ¿Y cómo se prueba mi afirmación de sabio callejero? Ah! eso no es para hoy. Hoy concluyo observando que Rubén Darío no confirma el dicho de Labruyère, «la corteja lo hace aparecer al hombre por fuera como debiera ser por dentro.» No. Este mi amigo no fingió; es así. Después hemos comido juntos. Todavía hay que comer después de tantas calamidades... públicas. En la mesa, si se finge no se oculta. Giusti, el gran lírico italiano, ha escrito *la tosse e l' amore non si cela*. No se oculta la tos ni el amor, ni la bondad, agregó yo. Apenas se oculta con éxito lo que algunos solemos llevar en el alma, unas tristezas como para hacer llorar las piedras. Si yo supiera cantar cantarías las de Rubén Darío, pidiéndole á David su profundo de-

cir. Desearía estar equivocado. Un vagabundo, un solitario en medio de este pandemonium, tiene que padecer mucho. *No-blesse oblige*, y de esta manera,—más no se, ni puedo,—es como devuelvo la dedicatoria con que he sido favorecido, dándome el simpático viajero, después del néctar un cigarro. Soy ante todo fumador. El humo inspira. Será por eso que á la gloria la han comparado con él! Y suban Vds. ahora los derechos sobre el tabaco, cada vez más y más, en este glorioso país!

LUCIO V. MANSILLA.

RUBÉN DARÍO

Es un poeta de extraña originalidad, exótico, sin ascendientes en la rica literatura castellana, á la que ha aportado nuevo caudal de combinaciones rítmicas.

Amigo de las voluptuosidades de la forma, constituye ésta su principal encanto y el sello de su personalidad literaria.

Vive enamorado de las abstracciones y de los símbolos. El gorjeo de un pájaro, el perfume de una flor son para él la repercusión, la síntesis de una melodía, de una primavera que canta y ríe en su vago-roso espíritu.

Encerrado en su torre de marfil, se pasa la vida soñando en una mitología especial que él mismo se ha tejido con las bellezas de otras mitologías en consonancia con su manera de sentir y en la contemplación visionaria de países, gentes y costumbres de otras épocas y zonas, de que ha poblado su convulsiva imaginación.

La elegancia es el medio ambiente en que se desarrolla su ser intelectual, y el silencio, la retracción, el rasgo distintivo de su carácter. Siempre mudo exteriormente, parece que se ocupa sólo en leerse á sí mismo, que anda con la mirada vuelta hacia dentro, adormeciéndose en el arrobamiento silencioso de su hermoso espíritu. Tiene la impasibilidad arcana de una esfinge y unos ojos que miran absorbiendo la luz sin devolver un sólo rayo.

Es—¿por qué no decirlo?—un vanidoso, pero de vanidad olímpica, disculpable, que no ofende, nacida del deseo de quintaesenciar cada vez más la atmósfera de que se alimentan sus pulmones.

Es un herido de la enfermedad del siglo, víctima de su sensibilidad continuamente sobreexcitada. Sólo la sed de gloria empuja sus pasos hacia la cumbre. No lo entusiasma nada, ni siquiera los bellos versos que salen de su orfebrería irizados de luz como un diamante.

Ama la naturaleza desde que lo inició en sus misterios.

Lo ficticio, lo convencional, lo que reside en las facultades imaginativas, que en fin viene á ser tan verdadero como lo más real, es lo que lo reduce y domina.

Ve como Velázquez y ejecuta como Goya. Los objetos pasan por su espíritu y se detienen allí como en un alambique, depurándose, refinándose á la manera del artista y tomando luego la forma en que definitivamente quedan estereotipados.

Su musa, es una musa de perfiles griegos y eucarísticas blancuras, una caprichosa que se engalana á veces de perezo-sas flores orientales.

Como los parnasianos, ha desterrado de sus estrofas las emociones humanas por considerarlas atentatorias á la majestad del verso. Su estética es producir ideas y sensaciones por medio de imágenes y sonidos, líneas y colores. La poesía en él se diría que resume todas las demás artes. Su pluma es pincel, buril y penatgrama.

Leconte de Lisle, Catulle Mendés, Armand Silvestre, Anatole France, Verlaine y Mallarmé saben su genealogía y le llaman hermano. Gauthier, al morir, lo hizo heredero del cincel con que labraba sus esmaltes y camafeos.

De los poetas españoles de la generación que se levanta es su reverenciado Salvador Rueda, el joven innovador de kaleidoscópica fantasía, y Zorrilla de San Martín, Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Obligado y Julián del Casal son para él los nuevos sacerdotes de la poesía en América.

Las odas le ponen de mal humor y si se intitulan *Al Mar, Al Sol, A la Batalla de Lepanto*, le descarrilan el sistema nervioso. Conque no hablemos de las octavas reales con tendencia épica. Las tiradas oratorias de catorce y más versos con incisos y entrecomados no le desagradan en los versificadores del año ocho.

Es uno de los poetas típicos de la cruzada contra los cánones de la vieja Retórica, en quien ha estallado todo el apasionamiento de la forma con sus más deslumbrantes fulguraciones.

Sus estrofas son vasos florentinos que, una vez apurado el néctar que contienen, hacen gozar en la contemplación de sus cinceladuras. Hay en la mayoría de sus composiciones la dureza, la inmovilidad sugestiva de los antiguos mármoles. Están hechas todas como para vencer al tiempo.

Es un verdadero mago del idioma. Tiene versos que ondulan como una cinta de seda y frases que son una aristocracia. La

palabra en sus manos se moldea, se flexibiliza como la cera y toma á veces en sus labios la sonoridad sacerdotal de una sentencia bíblica.

Su religión son todas. Es cristiano fervoroso, místico en las catedrales góticas llenas de sombras y medrosidades, bajo los ojivales arcos de caladas esculturas en que la luz extiende un día crepuscular al filtrarse por los ventanales esmerilados, y mahometano de turbante y ancho ropaje suelto en la sensual mezquita de atrevidas

curvas y colores fuertes y apasionados en que la plegaria se eleva y desvanece en los aires como una exhalación de los sentidos. El arte es su fe. Su templo el mundo.

Como Alfredo de Vigni, con quien tiene algunas semejanzas de carácter, aparte de otras de índole puramente literarias, es Rubén Darío poco conocido del público gordo.

¡Cuántos astros pasan inadvertidos sólo porque están muy altos!

ADOLFO SIENRA.

MALHARRO

SE ha ido el joven artista, empujado por sus esperanzas, por sus risueñas esperanzas de gloria. Y se ha ido pobre, sin más bagaje que su lápiz y sus pinceles, allí donde la lucha es más ardua, á la boca del monstruo, á París, á disputar no sólo la hoja de laurel sino también el diario sustento, entre el cardumen de los que empiezan y el montón de los que no han llegado. ¡Que surjal! Su triunfo repercutiría con ecos de júbilo en este suelo que lo vió nacer, y en estos corazones que ha conquistado á pesar de su corteza áspera, que pulirán sus primeros pasos en el camino que siempre soñó recorrer.

Su viaje muestra el temple de su carácter y es un ejemplo de voluntad. Va en el sitio más humilde del vapor que lo lleva, y en su bolsillo repican unas pocas monedas de cinco francos, apenas lo necesario, para vivir con la mayor estrechez un par de meses....Así inician sus grandes empresas los conquistadores y los locos.

Sin embargo, Malharro pudo irse en otras condiciones, asegurada más amplia existencia con la facilidad de estudiar durante los primeros tiempos, libre de la amarga preocupación del pan de cada día. No quiso.

Sus amigos iniciaron una suscripción que en pocas horas, y sin salir de la intimidad, llegaba ya á una suma de bastante importancia. Una indiscreción le hizo saber lo que se tramaba en favor suyo. Agradeció la iniciativa, pero se negó rotundamente á aceptarla.

—Hasta hoy, dijo, he vencido solo las dificultades de la vida. Quiero tener el orgullo de deberme á mí mismo.

Y este artista loco, que ignora el lado práctico de las cosas, que tiene una noble confianza en sí mismo y que ó zozobra ó vence, sin quedarse en la mitad del camino, agregaba con su eternamente airado y brusco modo de hablar, combatiendo ya con la idea:

—No quiero anularme en las delicias de la vida fácil. Necesito la espuela de las dificultades y de las amarguras. Estoy seguro de que la miseria me dictará grandes cosas. Ansío el triunfo, pero después del forcejeo á todo trance. Nada me asusta, y si el hambre me espera en París....hambre he solido tener en Buenos Aires....

Nobles palabras que para algunos parecerán producto de un extravío, pero que en realidad son la explosión de un carácter indomable, inspirando en el bien y sediento de ideal.

Y ese hombre áspero y brusco, en riña eterna consigo mismo y los demás, que quizá no tenga un amigo con quien no haya roto alguna vez, ese hombre tiene en el alma tesoros de cariño y de entusiasmo y un raro espíritu de justicia, envuelto, disfrazado, oculto en sus arranques excesivos en que la palabra parece que hierre, porque no tiene los tonos intermedios de la indiferencia, de la hipocresía ó de la convención.

Nos imaginamos en él la antítesis del cortesano: seguramente no llegará nunca á ser el pintor de la reina de ninguna parte.....

La noche antes de embarcarse en el «Dom Pedro» vieja cáscara cargada de mercaderías y de animales en pie, nervioso por los inacabables retardos de la partida,